

Un dictador en manga

Es preciso mantenerse entre dos locuras:
la de creer que se puede todo y la de
creer que no se puede nada.

ALAIN

...Anda con Dios y con romadizo, la
pierna quebrada y el cuadril salido...

REFRÁN ESPAÑOL DEL SIGLO XVI

En las agrestes montañas de Escocia, a un día de distancia en diligencia de Glasgow, precisamente en un pueblecillo sin importancia aparente, hacia 1790 tenía lugar el siguiente diálogo:

- ¿Su edad?

-Veinte cumpliré en mayo -fue mi respuesta.

- ¿Cuántas veces se emborracha por semana... ?

- Yo no me he emborrachado en mi vida -le contesté, poniéndome muy colorado por aquella pregunta que yo no esperaba.

- ¿Qué salario quiere ganar?

-Trescientas libras fue mi respuesta.

- ¿Cuánto? ¡Trescientas libras! -exclamó el señor Drink-water.

Se han presentado esta mañana yo no sé cuantos aspirantes, y creo que sumando los salarios que han pedido todos ellos no se llegaría a semejante cifra.

- Yo no tengo que guiarme por lo que otros pidan, y no puedo admitir menos -le contesté.

19 años antes, en 1771, en Gales la pobre familia Owen veía con felicidad y tristeza a la vez, la llegada al mundo de Robert quien a los nueve años de edad entraría de aprendiz en la casa de un pañero. Años después, diez para hacer exactos, el propietario de unas hilanderías publicó un anuncio solicitando un encargado para su fábrica. Owen, tras el diálogo antes citado, se quedó con el trabajo.

“¿No le pesa, señor Owen, el haber gastado toda su vida en esfuerzos imposibles?”

-Mi vida no fue inútil; ofrecí al mundo verdades importantes, y si no se le prestó consideración fue tan sólo porque no fueron comprendidas. Me adelanté a mi época...



Tal diálogo se desarrollaba en el lecho de muerte de un muy ilustre caballero, en el mes de noviembre de 1858. Era tan ilustre como atacado: Robert Owen.

De él, Federico Engels había de señalar que “mientras estuvo representando el papel de filántropo consiguió riquezas, aplausos, honor y gloria. Fue la persona más popular de Europa. No sólo le escuchaban y le aprobaban los de su propia clase, sino también los hombres de Estado y los príncipes. Pero cuando sacó a la luz sus teorías comunistas, el panorama cambió por completo. Había tres obstáculos que, a su juicio, eran el mayor impedimento para la reforma social: la propiedad privada, la religión y el sistema matrimonial de su época. Sabía lo que le esperaba si los atacaba: ser considerado por toda la sociedad como un enemigo de la ley y la pérdida total de su posición social. Pero nada pudo detenerle; los atacó sin que le importasen las consecuencias, y sucedió lo que había previsto. Se le desterró de la sociedad oficial y la prensa le condenó, junto con sus obras; además se empobreció por el fracaso de los experimentos comunistas en América, en los que había empeñado toda su fortuna. Entonces se volvió hacia los obreros, y con ellos trabajó durante treinta años más. Todos los movimientos sociales, todos los adelantos significativos en favor de los obreros de Inglaterra, estuvieron asociados al nombre de Owen.”

Tal parecía que Owen vivía el peso de varias obsesiones (religión, espíritus, etc.); sin embargo, había una que lo perseguía: el matrimonio.

Así, escribe:

“... En el presente, teniendo en cuenta la deficiencia de nuestros conocimientos por falta de experiencia y la inestabilidad de los sentimientos en la raza humana, consecuencia de una educación falsa, proponemos que la unión y desunión entre hombres y mujeres esté regida por las siguientes normas:

Matrimonio

Anuncio en público.-Las personas que sientan afecto mutuo y deseen unirse deberán anunciar tal intención públicamente en una de nuestras asambleas de los domingos.

Matrimonio.-Estas declaraciones, una vez registradas en los libros de la comunidad, constituirán su matrimonio.

Finalidad del Matrimonio

Los matrimonios se celebrarán únicamente con el fin de conseguir la felicidad de ambos sexos, y si no se consiguiese tal fin, la unión no tendrá objeto.

Divorcio

Primero.- Cuando ambas partes desean la separación.

Anuncio en público.- En caso de que ambas partes, después de un período mínimo de doce meses, descubran que sus disposiciones y costumbres no se acoplan y que hay poca o ninguna esperanza de felicidad en su unión, deberán hacer una declaración en público como en el caso anterior.

Período preliminar.- A continuación volverán a vivir juntas por seis meses más, al término de los cuales, si aún consideran que sus cualidades no concuerdan y ambas partes lo creen así, harán una segunda declaración.

Divorcio.- Estas declaraciones, debidamente registradas y con la firma de testigos, constituirán la separación legal.

Segundo.- Cuando sólo uno desea la separación.

Período preliminar.- En el caso de que una de las partes mantuviese su solicitud de divorcio y la otra fuese contraria a la separación, se les pedirá que continúen viviendo juntas por otros seis meses para tratar de ver si sus sentimientos y costumbres pudiesen compaginarse mejor y conseguir ser felices.

Divorcio.- Pero si al final del segundo período de seis meses la parte que no deseaba el matrimonio sigue en la misma actitud, la separación será definitiva.

Situación de las partes después del divorcio.

Ambas partes podrán formar nuevas uniones con personas que se adecúen mejor con sus caracteres y no se verá disminuida su reputación en la sociedad.

Provisiones para los hijos.

“Como todos los niños en este nuevo mundo serán educados y enseñados por cuenta y cuidado de la sociedad, la separación de los padres no afectará en absoluto a las condiciones de vida de la joven generación.”

Al hablar de algunos espíritus de hombres justos que iluminan a quienes dirigen los destinos del mundo enfatizo que “Ahora mismo hay espíritus a nuestro alrededor y entre nosotros. Espíritus que se han perfeccionado y purificado por su inteligencia y fuerza superior y que están ahora profundamente interesados en iniciar y realizar varios planes en distintas partes del mundo para que por fin sobrevenga este cambio grande y glorioso para la humanidad y para hacer real la nueva existencia feliz y duradera del hombre sobre la tierra y prepararle para los goces superiores de la vida en las esferas celestes”.



Y terminaría afirmando que “Nuevas manifestaciones espirituales están ejerciendo hoy día gran influencia sobre los poderes gobernantes en el mundo, para que éstos frenen en su loca carrera de maldad y se detengan por un momento para mirar a su alrededor y encontrar los medios de evitar la horrible tormenta que se avecina, tremenda como nunca han visto los hombres...”

Los espíritus se están ocupando sobre todo en preparar a los gobiernos de Inglaterra, Rusia y Francia para este cambio. Los ingleses han de comenzar ahora en la India. Los rusos y los indios están preparándose para llevar a la práctica el nuevo sistema de colonias dentro de sus territorios nacionales. La población francesa hace tiempo que mira tal cambio con simpatía. Su Majestad británica y su real consorte, junto con las majestades imperiales de Rusia y Francia, están en la actualidad profundamente influenciados e inspirados por espíritus superiores que les empujan para unirse y dirigir este gran cambio, de forma que induzcan a todos los otros gobiernos a seguir su ejemplo...”

Mis primeras visitas en los Estados Unidos -escribiría Owen- fueron para John Adams, Thomas Jefferson, James Madison y James Monroe, estos dos últimos cuarto y quinto presidentes, respectivamente. George Washington, el primer presidente, había muerto antes de mi primera visita a los Estados Unidos...

Después de haber explicado exhaustivamente mis ideas a los cuatro presidentes de los Estados Unidos, todos ellos, uno después de otro, admitieron la verdad del principio fundamental sobre el que se debía basar la reforma que yo proponía. Pero todos ellos dijeron que no veían cómo tales principios, bien que fuesen verdaderos y hermosos, podrían llevarse a la práctica...

Entonces les expliqué de qué forma yo los había llevado a la práctica durante treinta años...

Me dijeron que en tal caso yo debía tener tan enorme conocimiento práctico sobre la forma de materializar tales principios que su inexperiencia debería rendirse ante mi experiencia...

Existía entonces una gran amistad entre el ex presidente, el entonces presidente Mr. Monroe y su sucesor, John Quincy Adams, hijo del presidente Adams. Y yo tenía todos los motivos para suponer que el presidente, a quien visité primero, había comunicado sus impresiones a todos los demás, pues desde entonces gocé de completa confianza con el gobierno de los Estados Unidos a través de sus presidentes Mr. Monroe, Mr. John Quincy Adams, el general Jackson y Mr. van Buren -concluye Owen.

§ § §

“Rappites” era una secta alemana avecindada a orillas del río Wabash, en el condado de Posey, en Indiana, Estados Unidos. Ahí sí -pensaba- podría hacer realidad su aldea cooperativa, su colonia socialista *sui generis*.

Así, se decide y compra treinta mil acres a la secta y funda el ideal de toda su vida: *Nueva Armonía* es el nombre que le impone a sus deseos ahora materializados.

El 4 de julio de 1826, se produce otra declaración de independencia en territorio americano: Owen declaraba, solemne en ese apacible lugar tres cosas:

Independencia de la propiedad privada.

Independencia de la religión irracional.

Independencia del matrimonio.

Entre el gentío, un pequeñín miraba sin entender aquello aparentemente. Se llamaba Alberto K. Owen; sí, Albert K. Owen.

Al sentirse otro padre de la patria americano redivivo, la mente de Owen volaba, años atrás, cuando inició una de las más meteóricas y sólidas carreras en el mundo de los negocios. No era para menos: gracias a él, New Lanark -su creación-, hacía abrir en forma desmesurada los ojos de cuanto visitante pasaba por el lugar o deliberadamente deseaba comprobar lo ahí existente.

Entre otros ojos que se abrieron frente al espectáculo figuraban los del futuro zar Nicolás I de todas las rusias, los príncipes Juan y Maximiliano de Austria así como todo tipo de gente sorprendida ante aquella aldea sin importancia aparente.

Por cierto que Maximiliano iría después no lejos de ahí, antes de emprender su viaje sin retorno, a visitar al padre de Oscar Wilde, Dr. William Wilde¹ para atenderse con él de sus ojos; ojos que verían también pasar un imperio por sus manos así como cerrarse frente al paisaje queretano, en medio de los truenos de fusiles republicanos.

¿Qué había hecho aquel joven de casi veinte años contratado con dudas para dirigir una fábrica? ¿Qué extraña y mágica transformación había realizado el que sería más tarde llamado filántropo desequilibrado y comunista trasnochado Roberto Owen?

Lo que toda esa gente venía a ver -escribe Heilbrunner- era la prueba viviente de que había algo más que hacer en la sociedad que la fealdad y depravación de la vida industrial, y que éstas no eran inevitables. Allí, en New Lanark, podían verse limpias hileras de casas de obreros, con dos habitaciones cada una, y calles en las que la basura estaba recogida cuidadosamente en montones, a la espera de

¹ ¿Por qué lleva el Dr. Wilde las uñas tan sucias?

-Porque se rasca.



ser retirada, en lugar de cubrir el suelo de suciedad por todas partes. Y dentro de las fábricas se ofrecía a los ojos de los visitantes un espectáculo todavía menos corriente. Encima de cada obrero estaba colgado un pequeño cubo de madera, y los bloques estaban pintados de negro, azul, amarillo y blanco en las distintas caras. Los colores, en una gradación que iba desde el más oscuro al más claro, correspondían a las distintas clases de comportamiento: el blanco, a excelente; el amarillo, a bueno; el azul, a regular; el negro, a malo. De esta forma, el director de la fábrica podía ver con una sola ojeada de qué manera se estaba portando el equipo de trabajadores que tenía a sus órdenes. Los colores que predominaban eran el amarillo y el blanco.

Otras de las sorpresas era que en aquellas fábricas no trabajaban niños -al menos, niños de menos de diez u once años-, y los que trabajaban tenían una jornada reducida a diez horas y tres cuartos. Además, no se les castigaba nunca; en realidad no se castigaba a nadie, si se exceptúan unos cuantos adultos, borrachos incorregibles, a los que hubo que expulsar por embriaguez crónica y otros vicios por el estilo. La disciplina parecía fruto de la benignidad más bien que del temor. El director de la fábrica tenía siempre abierta a todos la puerta de su despacho y todos podían -y así lo hacían- presentar sus objeciones contra cualquier norma o reglamento. Todos podían examinar el libro en que constaba su conducta para saber por qué razón su correspondiente bloque de madera figuraba con tal o cual color y reclamar si se creían injustamente clasificados.

Pero lo más extraordinario eran los niños pequeños. En lugar de verlos corriendo libremente por las calles, los visitantes los encontraban estudiando o jugando en el amplio edificio de una escuela. Los más pequeños aprendían los nombres de los árboles y de las piedras que había a su alrededor; los que ya eran un poquito mayores, recibían lecciones de gramática expuestas en un friso, en el que el general Nombre disputaba con el coronel Adjetivo y con el cabo Adverbio. No obstante, no todo era estudio, por distraído que éste fuese. Los niños reuníanse también a determinadas horas para cantar y bailar bajo la dirección de mujeres jóvenes a las que se había inculcado que nunca debían dejar sin contestación las preguntas de los niños, que ningún niño era malo cuando no existía una razón para ello, que jamás había que castigar al niño y que éste asimilaba con mucha mayor rapidez las lecciones del ejemplo que las del sermoneo.

Los “Guardianes de los Pobres” enviaron a New Lanark una comisión para dar su opinión. Era el año de 1819.

El establecimiento de Mr. Owen -indicaron- en Lanark es esencialmente manufacturero y está dirigido en una forma tan excelente como, esta comisión jamás ha visto; ésta organización proporciona más felicidad a sus empleados que tal vez



*...Santa Anna recordaba su insistencia personal,
así como aquellas cartas de Inglaterra*



ninguna otra en éste país, donde hay tanta gente pobre trabajando y se fundamenta en un admirable sistema de reglas morales...

En la educación de los niños, lo más notable es el espíritu de amabilidad y afecto que se les demuestra en todo y la ausencia total de todo cuanto pudiera inducirles al mal, y la presencia de todo aquello que se calcula les pueda incitar al bien; la consecuencia es que parecen una familia bien gobernada, unida por los lazos del más intenso afecto...

Vimos muchas cosas dignas de elogio en los adultos. Por lo general están limpios, saludables y serenos. El alcoholismo, padre de tantos vicios e infelicidad, apenas se conoce allí. El resultado es que están bien vestidos y bien alimentados y sus moradas son apetecibles.

En esta colonia tan bien gobernada, donde se fabrica casi todo lo que se necesita para la fábrica y para los habitantes, no se oyen juramentos ni insultos por ninguna parte. Los hombres no son pendencieros, ni las mujeres discutidoras.

Esto es en parte consecuencia de su educación moral, en parte también se debe a la ausencia de tabernas, como antes dijimos; y en parte también al aislamiento de los habitantes respecto al mundo exterior, si es que puede llamarse aislamiento cuando hay 2,500 personas congregadas en la reducida área de un cuarto de milla cuadrada.

Es manifiesto que el bienestar no se debe a los elevados salarios. Entre nosotros, sus salarios se considerarían bajos. El salario semanal de los menores de dieciocho años es para los hombres que trabajan durante el día, cuatro chelines y tres peniques, y para las mujeres, tres chelines y cinco peniques; para los que trabajan a destajo, cinco chelines y cuatro peniques, para los hombres; cuatro chelines y siete peniques, para las mujeres. El salario semanal normal de los mayores de dieciocho años que trabajan durante el día es, para los hombres, nueve chelines y once peniques, y seis chelines para las mujeres; si trabajan a destajo, catorce chelines y diez peniques, para los hombres, y ocho chelines para las mujeres.

El espectáculo debía de ser maravilloso y, desde luego, aleccionador. Continúa Heilbrunner diciendo que en cuanto a los caballeros escépticos, menos propicios que las mujeres de tierno corazón a dejarse convencer por la visita de los niños felices, tenían que enfrentarse al hecho irrefutable de que la New Lanark era una empresa que producía beneficios, extraordinarios beneficios. Se trataba de una obra cuyo director no era sólo un santo: era también un santo con sentido práctico.

No todo era felicidad en la Gran Bretaña, sus islas y posesiones. Los gritos de “pan y sangre” eran el resultado de las guerras napoleónicas. Desde 1816 hasta 1820, con excepción de un sólo año, la situación general era alarmante. Se buscaban soluciones. Owen había de opinar que la solución del problema de la pobreza estaba en hacer que los pobres produjesen. Para ello defendían la formación de

“aldeas cooperativas”, en las cuales, ochocientas o mil doscientas almas se organizarían en una unidad agrícola y manufacturera que se bastase a sí misma. Las familias se instalarían en casas que tendrían la forma de paralelogramos -palabra que se le quedó grabada inmediatamente al público-, en las que cada familia dispondría de un departamento privado, aunque compartiendo con las demás los cuartos de estancia, las salas de lectura y las cocinas. Los niños serían separados de los padres a la edad de tres años, para educarlos en un ambiente mejor, que moldearía sus caracteres y los haría más aptos para la vida futura. Las escuelas estarían rodeadas de jardines, que serían cuidados por los muchachos de más edad, y en torno a los jardines se extenderían los campos, en los que las cosechas se cultivarían, sobra decirlo, realizando el trabajo con azadas y no con arados. Lejos ya de la zona de viviendas, estaría el grupo de fábricas. En realidad, era el de Owen un proyecto de ciudad jardín planeada.

El comité de personajes notables se quedó de una pieza. No se hallaba preparado para recomendar la adopción de semejantes comunidades sociales planeadas en una época como aquella, en que el *laissez faire* imperaba sin trabas. Dio las gracias el señor Owen e hizo caso omiso de todo cuanto proponía este señor.

Los editorialistas de la época lo atacaban:

“El caballero Robert Owen, filántropo hilandero..., cree que todos los seres humanos son otras tantas plantas que han permanecido fuera de la Tierra durante algunos miles de años y que necesitan ser plantadas de nuevo en ella. Consecuente con ello, ha resultado colocarlas en espacios cuadrados, siguiendo una nueva moda... Creo que no hay nadie que no esté convencido de la filantropía del señor Owen y de que nos deje en paz, no vaya a resultar que nos cause grandes daños.” Otro crítico, William Cobbet, que se hallaba desterrado en Norteamérica por causa de sus ideas extremistas, se expresaba con mayor sarcasmo todavía. “Este caballero -escribió- pretende establecer comunidades de pobres..., y el resultado tiene que ser una paz maravillosa, la felicidad y la riqueza nacionales. Yo no veo con claridad de qué manera se las arreglará para evitar ojos amoratados, narices sangrantes y gorras tiradas por el suelo. El proyecto del señor Owen tiene, cuando menos, en su favor su absoluta novedad, porque yo creo que jamás entró hasta ahora en su cabeza humana idea tan descabellada como ésta de una comunidad de pobres... ¡Vaya usted con Dios, señor Owen de Lanark!

También se decía de Owen:

“... Fue la primera figura pública entre nosotros que miró a los niños con ojos amables...”

“... Bien que fuese amistoso, no hay duda de que a veces resultaba en cierto modo un reformista aburrido...”

(George Jacob Holyoake)

“... Tú viniste a nosotros como el rico que visita a los pobres y no nos consideraste vulgares. No había desprecio en tus labios ni burla solapada en tu tono...”

(Ebenezer Elliott)

“... Este amigo de la humanidad...”

(Phillippo Buonarroti)

“... Owen aportó la pericia necesaria, pero los efectos desmoralizadores de nuestras instituciones no le dejaron materiales sanos con qué trabajar...”

(Bronterre O’Brien)

Ah, la mentalidad inglesa, tan rica, tan paradójica, tan práctica, tan incrédula.

“La nación inglesa -decía Disraeli- nunca es tan grande como en la adversidad.”

Bernard Shaw , señalaba: “no hay cosa buena ni mala que veáis hacer a un inglés; pero nunca le sorprenderéis exento de razón. El inglés lo hace todo basándose en principios. Os combate basándose en principios patrióticos; os roba basándose en principios comerciales; os esclaviza basándose en principios imperiales...”

§ § §

Sus recuerdos desaparecieron; estaba ahí, frente a sus colonos, en Nueva Armonía. Inglaterra y sus problemas quedaban atrás. El reto era otro y las soluciones también.

La vida -decía Jarnés- es una cadena de fracasos; hay que admitirla así.

En 1828 fracasa Nueva Armonía. Vende sus tierras y se dirige al presidente Jackson en busca de ayuda, la cual le es negada. Owen, sin embargo no se arredra. Al sur de los Estados Unidos se encontraba un exótico país, conocido apenas, envuelto en la historia y la leyenda. ¿Sería tierra fértil para sus proyectos?

§ § §

“El Siglo XIX”, periódico de la ciudad de México publicó una nota necrológica: (22 de junio de 1876.)

“Don Antonio López de Santa Anna. A la una y media de la mañana de hoy ha fallecido en esta capital el hombre que tanto ha figurado en los acontecimientos de nuestra patria y cuyo nombre célebre por más de un título ha recogido ya la historia en muchas de sus páginas.

Parece que su muerte se debe, más que a su avanzada edad, a una tristeza profunda, a un abatimiento extraordinario que se apoderó de su espíritu hace algún tiempo, y que acabó por llevarle al sepulcro lentamente.

Antes de expirar encargó con encarecimiento que se le hiciera un entierro sobre manera humilde: que se le depositara en una pobre caja y que cuatro cargadores, sin acompañamiento alguno, le condujeran a sepultar en la Villa de Guadalupe. Parece sin embargo, que sus amigos piensan de otra manera, y que mañana se inhumará el cadáver del que fue varias veces presidente de nuestra República con la posible decencia.

El Sr. Santa Anna cometió errores en su larga carrera de hombre público, pero el país le debe también grandes servicios, y al abrirse el sepulcro para él, debemos dar al olvido los primeros para conservar solamente la memoria de los segundos.

Dios ha juzgado ya al hombre sobre el cual la historia ha pronunciado también su fallo.

Descanse en paz.

Reciban los deudos del finado nuestro sincero pésame.”

SANTA ANNA

11 veces presidente de la República

66 años de carrera militar

más alto que bajo

rostro torvo y de mal aspecto

dientes blancos y bien puestos,

nariz gruesa

ojos bonitos

cabellos ligeramente ensortijados

ceceaba al pronunciar

voz gruesa, pastosa imperativa

gran poder de sugestión

manos bien cuidadas

experto en dictar manifiestos largos, gozando al hacerlo
experto en cambiar de filiación
inaugurara su propia estatua
grandes desfiles militares que preside
tropas lujosamente vestidas
caballeros de frac; damas de largo, enjoyadas y perfumadas
adeudos de sueldo a empleados
contribuciones sin medida ni fin
se erige un mausoleo con inscripciones en latín para depositar los restos... de su
pierna

“... concurriendo al acto, como si fuesen en procesión los empleados públicos, la aristocracia, el clero, soportando himnos y discursos al depositar tan sagrada reliquia entre salvas de artillería...”

Todo transcurría apaciblemente en las calles de Vergara, residencia del viejo ex dictador Santa Anna. Ahí, en la tranquilidad de ese hogar, la vida de don Antonio y Carmen su esposa, rumiaba viejas glorias y densos recuerdos agolpaban su mente. Eran las 10:30 de la mañana del 15 de marzo de 1874. Dos personas llamaron a la puerta; previamente les había sido concedida una cita. Muy lejos estaban de imaginar nuestros dos amigos visitantes lo que oírían y verían aquella memorable mañana.

“Su Alteza Serenísima” se apareció en el umbral de la puerta previo a un fuerte estremecimiento sentido en las duelas y que hizo retumbar con suavidad la casa. Por cierto que en su residencia nada se ve en ella que recuerde por el lujo y la riqueza al fastuoso presidente. Un sofá y algunas sillas cubiertas con brocatel de colores amarillo y verde, una modesta alfombra, un pequeño piano, algunos juguetes de cristal y porcelana colocados sobre una mesa de mármol y en las paredes, frente a frente, dos cuadros, uno al óleo que representa al vencedor de Tampico, montado en un fogoso caballo, y el otro, un magnífico retrato al pastel, que supuse, sería el de la Sra. Tosta de Santa Anna, he aquí los muebles de aquella habitación, que parecen ser más bien la de un honrado comerciante retirado de los negocios. Varias personas aguardaban al general, que no salía aún de las piezas interiores.

“La puerta se abrió y vimos salir por ella a un anciano de elevada estatura, de cabeza erguida, vestido con el traje tradicional, compuesto de un ancho pantalón blanco, chaleco de seda amarillo claro, casaca azul con botón de águila dorada, y

corbata blanca. Don Antonio López de Santa Anna se encontraba frente a nosotros.

A pesar de las arrugas que surcan su semblante, y de los pocos cabellos que cubren su cabeza, su paso, aunque lento a causa del pie que le falta, firme y seguro, y su cuerpo erguido y que aún promete resistir algún tiempo a los embates de la edad, hacen que, a primera vista, no represente más que sesenta años. Su cabello, aunque escaso, está todavía negro, y, no obstante el peso de la pierna de palo, camina sin bastón ni sostén alguno.

Después de haber saludado con la mayor cortesía a todos los que allí nos encontrábamos, y de abrazar afectuosamente a un antiguo oficial de inválidos, a quien llamó mi ‘veterano’, fue a tomar asiento en el sofá, y comenzó a informarse con interés de todos sus antiguos compañeros de armas.

- He vuelto a México -dijo- porque el suelo de mi patria me atraía. Cuando las personas con quienes vivía en el extranjero me preguntaban por qué los abandonaba: ‘Vaya reunirme con mi pie’, les respondía. Me encuentro en un país casi extraño: todo me sorprende. Cuando llegué a Veracruz y preguntaba por algunos de mis amigos, la respuesta era siempre la misma: ‘Muerto’. ¡Dios mío!, exclamé, una generación entera ha pasado sobre mí. Como los montones de arena en el desierto, que se forman grano a grano, así se han hacinado los años sobre mi cabeza. Un anciano de barba blanca que me abrazó en Veracruz es un ahijado mío, quien sostuve en las pilas bautismales el año de 1822. No tengo ya ambición de ninguna clase: soy enteramente neutral entre todos los partidos, y vengo, como dije a mis huéspedes en los Estados Unidos, a reunirme con mi pie.

Sentado, con la mano apoyando su mentón expresó: ‘Yo la creía perdida (se refería a su pierna) cuando el pueblo la arrastró por las calles el 6 de diciembre aquél; cuando he aquí que ayer se me presentó una señora diciéndome que su esposo, que fue un antiguo coronel del ejército, lo habían recogido, encargándole que si volvía yo al país me la entregase: esta acción es tanto más digna de elogio, cuanto que siendo yo presidente el año de 1853, no se me devolvió esa parte de mí mismo por temor de que creyese aquello una adulación’.

“Y el anciano general se restregaba las manos, de esa manera que es habitual en él.”

“Le preguntaron por el estado de su salud y contestó:”

“- ‘Estoy fuerte todavía, a pesar de los setenta y seis años que cumplí el 21 de febrero. Aún no se presenta la enfermedad de que he de morir. Mi inteligencia está expedita; la memoria, que es lo primero que pierden los viejos, está en tan buen estado, que me acuerdo de los incidentes más insignificantes de mi vida de cadete. Para escribir mis memorias, que forman ya cincuenta y cuatro pliegos, no



he tenido necesidad de consultar ningún documento. Todo está vivo aquí -dijo dándose una palmada en la frente-. ¡Ah! si no fuera por el pie, que tanta falta me hace, estaría aún en mis treinta años. Físicamente he envejecido pero mi corazón y mi cabeza son jóvenes aún.’ -y al decir esto, desaparecían las arrugas de aquel rostro, y su fisonomía tomaba cierta animación”.

“-Todavía me acuerdo, cuando en la casa número 14 de la calle de Tacuba, me hizo el doctor Monteagudo prestar juramento sobre los Santos Evangelios, de defender la independencia de la Nueva España. Esto pasaba en 1820. Partí para Veracruz a esperar órdenes, y, dos meses después, me insurgenté en la Soledad con mil ochocientos jarocho, doscientos setenta y seis infantes y una pieza de a cuatro. Entonces era yo hombre”.

La conversación sobre la tan llevada y traída extremidad continuaba interesante y sabrosa hasta que un ruido la interrumpió. Ante los ojos azorados de los presentes, una mujer se presentó ante el viejo ex dictador cubriendo algo con su rebozo. Acto seguido le hizo entrega a Santa Anna de una caja que de inmediato fue abierta ante los atónitos mirones:

Era su pierna que, después de muchísimos años volvía a poder de su natural dueño. Estaba perfectamente momificada y hasta conservaba las uñas de los dedos.

Quién hubiera acertado casualmente a pasar por las calles de Vergara, aquella mañana de 1874, el 15 de marzo para ser exactos, observaría a varias gentes huyendo materialmente de aquella casa, con la cara untada de amarillo miedo y los ojos saliéndose de sus cuencas...

Blas Pavón por su parte, se lamentaría en sus memorias lo que le ocurría también a su pierna -y a su mujer- no obstante estar al servicio de muchos gobiernos, entre ellos, el de Santa Anna, desde luego:

En el año de 1820 contraje matrimonio -dice Blas- en la iglesia de Loreto con doña María Tostado, que fue señora de Pavón por corto tiempo, ya que al año de casados me dejó por un teniente del ejército trigarante. Fue ésa mi única contribución a la sagrada causa de la Independencia de mi patria, pero también quedé escamado, y no volví a fincar relaciones estables. Temí pagar un tributo parecido cada vez que un nuevo libertador hiciera su entrada triunfal en la capital, y preferí ejercer el amor sin ese requisito, con sencillez republicana.

De niño cogí una infección en el hueso que estuvo a punto de costarme la pierna izquierda, pero afortunadamente los médicos pudieron detener el mal, y sólo me quedó delgaducha como una vela, y algo más corta que la derecha. A esta

feliz circunstancia debí no mezclarme en guerras, cuartelazos o motines, salvo mi breve intervención en la batalla de Cerro Gordo, contra los americanos. Nada más. Tratándose de cojos, supuse que Santa Anna satisfaría ampliamente las aspiraciones de los mexicanos. Por eso, por mi cojera y hábitos sedentarios, fui durante mi vida un burócrata holgazán, al servicio de todos los gobiernos, desde el virreinal hasta el último de Santa Anna, en cuya época se me concedió una pensión de retiro que nunca me pagaron por cierto. Empleado al servicio de todos los gobiernos, tuve sin embargo opiniones personales sobre la política y los hombres de mi país, que guardé celosamente hasta consignadas en estos pliegos, que no sé en qué manos pararán al fin.

Posiblemente algún sujeto superficial me considere un simulador, pero yo no tengo para mí que la simulación es una forma de la conducta que no se compadece con la modesta estatura moral de un empleado público. ¿Simulador por servir a gobiernos que me asignaban sueldos de cuatro reales, que generalmente me quedaban a deber? ¡Bah! Yo he llevado una vida perfecta, sin haber hecho nunca mal ni bien. He vivido a mi modo y dejado vivir a los demás, lo que es una importante virtud cívica en este país. He pensado mucho por añadidura. Mucho. También un modesto escribiente de segunda puede permitirse lujos de filósofo, sobre todo si su mujer se larga con un teniente del ejército de las Tres Garantías, ninguna de las cuales me sirvió para maldita la cosa.

¡Quién lo dijera! Santa Anna y su pierna; Blas Pavón y su pierna; ambos casados con damas de apellidos parecidísimas ¿coincidencia?

Terminada la visita, Santa Anna, para entretenerse un poco antes de la comida procedió a examinar un viejo hato que contenía copias de su correspondencia particular, recortes de periódicos, escritos oficiales, constancias de condecoraciones. Sin querer, dos documentos cayeron al suelo; el primero, un recorte del periódico “La Pata de Cabra”; el segundo, copia de una carta que él había enviado a Maximiliano el 22 de diciembre de 1863.

La mente del general recordó muchas cosas al leer:

... Sabemos de positivo que el nunca bien ponderado Santa Anna al marcharse de esta capital “se olvidó” entre otras cosas de pagar al repostero 300 pesos que importó el refresco con que el serenísimo señor obsequió a los convidados cuando fue padrino de un hijo del ministro francés. Esta es una acción propia de un caba-
llero... de industria.



Para saquear los conventos
no iba en coche que iba en posta
la señora doña Dolores Tosta.

Para recibir regalos
fue verdadera langosta
y los recibió no malos
S.A. femenina la Señora Presidente
doña Dolores Tosta.

Para recibir era ancha
y para dar, angosta
doña Dolores Tosta.

En rosarios y novenas
hizo su agosto y su agosta
y les daba berenjenas
doña Dolores Tosta.

Todo fiel cristiano
está muy obligado
a tener devoción.
de todo corazón
al enorme avestruz
enemigo de la luz,
su Alteza Serenísima
López de Santa Anna

¡Ave María Purísima!
Las cuatro y sereno.
¿No hay quién dé veneno
a su Alteza
Serenísima?

Adivinanza

Es santa sin ser mujer,
es hombre sin ser cabal,
es rey sin cetro real

y sultán al parecer.

Que él vive debemos creer
aunque ya parte en el sepulcro está
y la otra dándonos guerra
será cosa de la tierra
o si el demonio será.

La carta al archiduque decía:

Señor: Al llegar a mí noticia que un considerable número de mis compatriotas, movidos del más puro patriotismo, fijaba su vista en V.A.I., llamándolo al trono de México, mi alma rebotó de contento. Si me hubiera encontrado en posibilidad de seguir a la Comisión mexicana, V.A.I. habría oído por la voz de uno de los próceres de la independencia, por el que ha ocupado tantos años el primer lugar entre sus conciudadanos, ratificar lo que el digno presidente de ella expresaba con tanta elocuencia como sinceridad.

Sí, señor: al tener el honor de saludar a V.A.I. como emperador de México, secundando el voto de mis compatriotas, al ofrecerle respetuosamente mis débiles servicios, puedo asegurarle, sin lisonja, que mi adhesión a su augusta persona no tiene límites; y ya que la distancia me ha privado de la satisfacción de verme en su presencia, mi pluma suplirá ese deber desde este lugar de mi residencia: las expresiones de mis sentimientos acójalas V.A.I. con la benevolencia que le es propia.

Puedo también asegurar a V.A.I. que la voz que en México se levanta proclamando su respetable nombre no es la de un partido. La inmensa mayoría de la nación aspira a restablecer el Imperio de los Moctezumas con V.A.I. a la cabeza, persuadida de ser el único remedio que puede curar los graves males de la sociedad, la última áncora de sus esperanzas. Acoja, pues, V.A.I., con absoluta confianza, el voto entusiasta de los mexicanos, seguro de ser recibido con las muestras de amor y del más profundo respeto, persuadiéndose a la vez que sólo su agradable presencia bastará para que la concordia asome por todas partes. La ocasión es propicia; V.A.I. puede hacer la dicha de los mexicanos colocando su nombre entre los héroes que la posteridad bendice.

El vasto, hermoso y rico suelo de México abunda en elementos para ser el primer Imperio del Continente Americano; por consiguiente, no es un poder ridículo con el que se brinda a V.A.I. Verdad es que el país ha sufrido la anarquía de medio siglo; pero, bajo los auspicios de la paz con el gobierno paternal, justo e ilustrado,



sus quebrantos se repararán en pocos años, y será la admiración del mundo. ¡Plugiése al cielo que así lo viera antes de terminar mis días!

Dignase V.A.I. reconocer, en el decano del ejército mexicano, a un adicto y desinteresado amigo, y al más obediente servidor que le desea las mayores felicidades, y atentamente B.L.L.H.MM. de V.A.I.

Santo Tomás, diciembre 22 de 1863 A. L. de Santa Anna.

El único testigo de aquella muda escena fue su propia pierna, yaciente en ruda caja de madera, esperando segura de unirse a su natural dueño en el polvo de los tiempos...

Imposible olvidar también los años de 1848 a 1854. Las crónicas bien lo decían que “nunca como entonces se vieron mayores absurdos, montones de onzas de oro sobre mesas de juego arriesgando fortunas a un albur, viendo la pérdida o la ganancia con frialdad, sentados alrededor de la mesa militares, curas, empleados de rango, prestamistas, prostitutas, distinguiéndose entre todos a su Alteza Serenísima que tanto en los albures como en las peleas de gallos era toda una potencia, perito en trampas y en lenguaje soez celebrando la plebe su desparpajo. Cada vez que el general presidente perdía ordenaba a su secretario de Hacienda que le proporcionara más dinero, hasta que este funcionario, lleno de pena, se atrevió a decir al sátrapa de Santa Anna a qué partida anotaba esas cantidades que le había entregado, obteniendo por respuesta “a la de su respetada madre” con una sonora carcajada de la multitud heterogénea que rodeaba al gran general. Todo esto se efectuaba en San Agustín de las Cuevas, actual Tlalpan.

Al atardecer Santa Anna abandonaba esos parajes y entonces despuntaba el baile, galopas, cuadrillas con desenfreno y desvergüenza. Por fin se había retirado “Quince uñas” como le apodaban a don Antonio. Este se solazaba en despreciar al pueblo y en imponer su voluntad y el Palacio Nacional era el centro de tahúres, prestamistas, celestinas, anzuelos que sacaban buena ganancia.

Entre los homenajes que se le hacían a Santa Anna los que marcaban época eran los festejos del día de su onomástico: banquetes, serenatas, bailes y siempre había un número espectacular, uno de ellos fue el dar libertad a texanos para recordar su acción militar de esa época.

Las notas luctuosas y de matrimonio se celebraban con gran pompa. Habiendo enviudado Santa Anna, la capital se vistió de luto, las campanas de los templos de toda la nación repicaron “a difunto” hora por hora durante varios días sin interrupción, duelo de comparsas de empleados serviles, misas celebradas por obispos con asistencia de su Alteza Serenísima cubierto con capa tachonada de estrellas y

derramando copiosas lágrimas y teatralmente dando en esos momentos el importe de cientos de misas para lograr el eterno descanso del alma de su difunta, banderas a media asta y oficinas cerradas varios días. Contraste grotesco fue el que siguió, pues precisamente a los cuarenta días de tan sensible acontecimiento don Antonio se volvió a casar con la señorita Dolores Tosta, bella mujer, rica y distinguida que acompañó a su marido hasta la muerte.

Enojo, insultos, melancolía, levantamiento, inconformidades se sucedían entre el pueblo pues su manía por las leyes y decretos era prolongada y sin medida. De dolor a risa movían sus disposiciones para expedir pasaportes para transitar fuera de la población de residencia como si se tratara de pasar fronteras internacionales; la regularización de trajes que deberían usar los gobernadores, alcaldes y otras personalidades del gobierno; impuestos mil para las ventanas, macetas, puertas tanto así que tuvo que editar un libro para consulta de los contribuyentes; creó nuevas condecoraciones entre ellas la famosa Orden de Nuestra Señora de Guadalupe y en lo que respecta a su persona empezó a sentirse algo así como emperador, para lo cual sus serviles y aduladores se empezaron a poner de acuerdo y sólo el señor Santa Anna les concedió que aceptaría el título de Alteza Serenísima y no el de emperador, luciendo en vez de corona una capa roja cubierta de estrellas nombrando a su vez una corte con las familias de la más rancia aristocracia.

“Es curioso cuan frecuente es encontrarse una apariencia de filosófica resignación y de plácida tristeza en el semblante de los hombres más sagaces, más ambiciosos y más arteros; se le notaba una expresión de angustia en la mirada especialmente cuando hablaba de su pierna, amputada debajo de la rodilla. Hablaba de ella con frecuencia, como Sir John Ramorny de su mano ensangrentada, y al contar la manera como le hirieron, y alude a los franceses, su semblante adquiere el mismo aire de amargura que debe haber tenido el de Ramorny cuando hablaba de ‘Enrique el Herrero’. Habló mucho de los Estados Unidos y de las personas que allí ha conocido. Vimos después las dependencias y las oficinas y también el caballo de batalla predilecto del general, un viejo corcel blanco quizá un filósofo más sincero que su amo...”

Así se expresaba la marquesa Calderón de la Barca en la visita que hacía a don Antonio López de Santa Anna en su famosa hacienda de Manga de Clavo, cuando por enésima vez había dejado de ser presidente.

-¡Qué bien escribe la reina! -había exclamado el dictador cuando el señor Calderón le entregaba una carta que la propia soberana había escrito en el supuesto de que Santa Anna era todavía presidente...

Santa Anna despidió a sus invitados. “Como teníamos pocas horas de que disponer -escribe Madame Calderón- el general mando traer dos carruajes construi-



dos en los Estados Unidos...” Quedamos agradablemente burlados al ver un hermoso coche nuevo hecho en los Estados Unidos, tirado por diez hermosas mulas y conducido por un hábil cochero yanqui...

Los ojos del viejo dictador vieron desaparecer en la lejanía a los visitantes. Una pequeña nube de polvo era el último signo de aquella partida.

Su cochero americano le hizo recordar a un caballero inglés que hacía más de 10 años se había presentado con él, a pedirle los estados de Texas y Coahuila, además de un millón de pesos, para realizar sus proyectos.

Era el señor Owen, aquél refinado filántropo inglés que tenía una colonia socialista en Indiana y proyectaba otra en Rusia.

Santa Anna recordaba su insistencia personal, así como aquellas cartas de Inglaterra, despachos diplomáticos, cables, etc., con los que Owen bombardeaba materialmente no sólo a él sino a quienes ocupaban la silla presidencial alternativamente.

Recordaba haber visto una nota diplomática enviada por don Vicente Roca-fuerte representante mexicano en Londres hacia 1828 que decía, entre otras cosas:

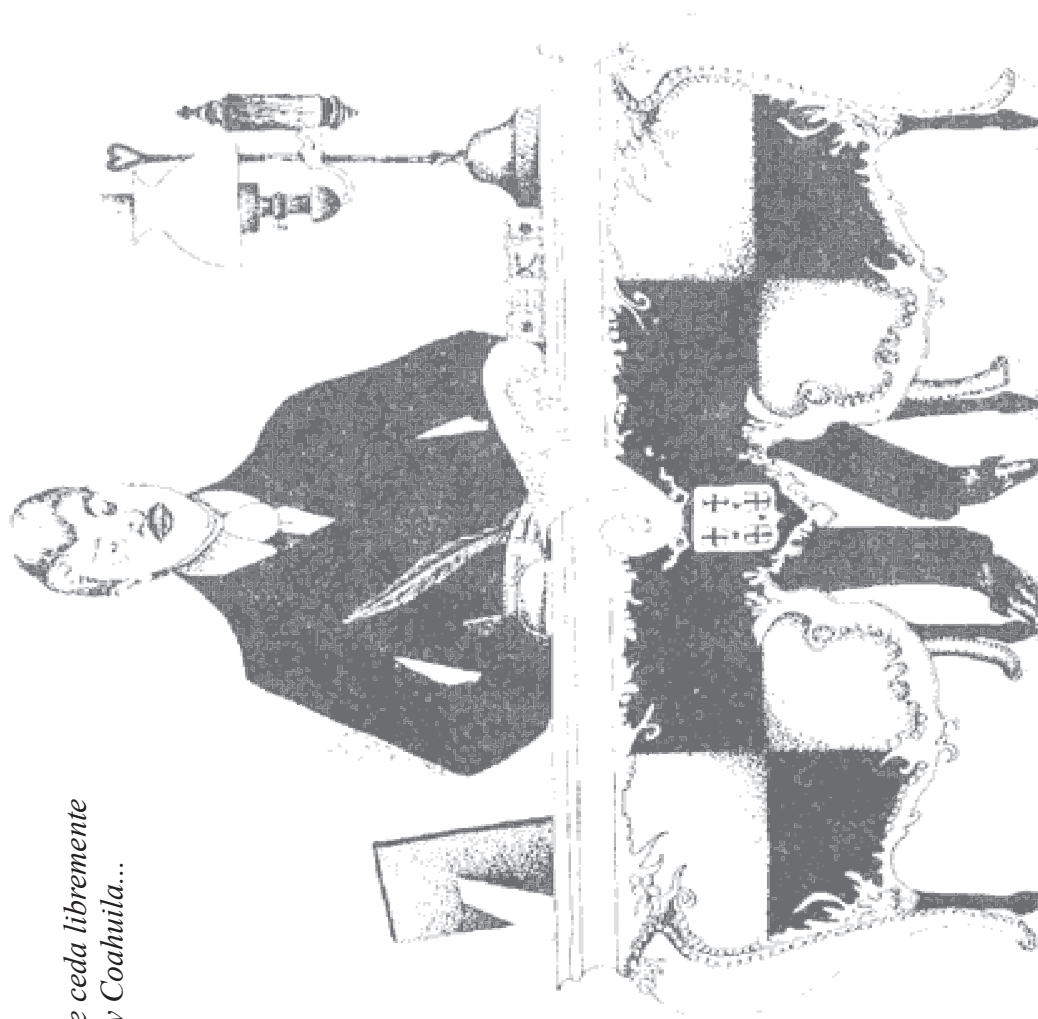
“... Mr. Owen, sujeto muy conocido por sus ideas filantrópicas, por su mérito para el establecimiento de Colonias y su perseverancia en introducir un nuevo sistema social mejor calculado que el actual, para promover la felicidad del hombre, me ha presentado la solicitud que tengo el honor de remitir a V.E. Como su plan es demasiado vasto, y no está suficientemente determinado ni contraído a un objeto de inmediata utilidad, no he fomentado sus esperanzas de éxito. Aunque convengo en la exactitud de sus ideas, la hermosura de su teoría, me parece impracticable en el estado actual de nuestra población. El pide que el Gobierno le ceda la Provincia de Texas para hacer sus ensayos morales que tienen por objeto abolir las rivalidades comerciales; los odios políticos y religiosos, fixar la paz p. medio de la abundancia la que circulará en todos los rangos de la sociedad con la feliz aplicación del trabajo y de la Industria dirigida p. las ciencias y progresos de la actual civilización. Yo le he prevenido que su solicitud es inadmisibile, y que desde ahora debe contar con la negativa del Gobierno; a pesar de todo él piensa marchar por el próximo paquete. Yo sentiré que emprenda un viaje tan largo sin la menor esperanza de realizar su proyecto, que aunque es muy hermoso, muy plausible, y muy filantrópico en el papel es inverificable en la práctica.”

También recordaba con toda claridad la carta de Owen ya traducida al español y que le hacía reflexionar de manera curiosa. Decía Owen:

“El que suscribe pide que se ceda libremente la provincia de Texas y Coahuila a una sociedad que se formará con el fin de realizar este cambio radical en la raza humana, garantizando la independencia de aquella provincia la República Mexi-



*El que suscribe pide se ceda libremente
la provincia de Texas y Coahuila...*





cana, los Estados Unidos y la Gran Bretaña; y lo pide por las consideraciones siguientes:

“1.-Que es una provincia fronteriza entre la República Mexicana y los Estados Unidos, que están ahora colonizándose con circunstancias que pueden producir rivalidades y disgustos entre los ciudadanos de ambos estados y que muy probablemente, en una época futura, terminarán en una guerra entre las dos repúblicas. “Sólo esta consideración, según opinan muchos estadísticos de experiencia, haría que fuera una medida juiciosa que México aceptara para la provincia el nuevo arreglo que se propone.

“2.-Que esa provincia, colocada bajo el régimen de esta sociedad, se poblaría pronto con gente de costumbres, educación e inteligencia superior, y cuya mira principal sería no sólo conservar la paz entre las dos repúblicas, sino demostrar los medios por los cuales las causas de la guerra entre todas las naciones desaparecerían, quedando asegurados para cada uno de los fines que se esperan obtener con la guerra más afortunada.

“Que el progreso se iniciaría en ese nuevo Estado con la introducción en él de gran número de individuos, escogidos por su superioridad en industrias, habilidad e inteligencia, contribuiría a que se hicieran también rápidos progresos en las ciencias y en el verdadero saber en todos los estados de la República de México y en las repúblicas vecinas suyas, con lo cual adelantaría de un modo desconocido hasta hoy en el camino de una nueva civilización tan superior a la antigua como lo es la verdad al error.

“Y por último: que una población instruida y de buena índole será de más utilidad y de más importancia para la República de México que un territorio sin gente o con una población de carácter y conocimientos inferiores.

“Es de esperarse también que el nuevo gobierno modelo demostrará pronto que todos los nuevos estados tienen más territorio del que pueden poblar u ocupar por muchos siglos.

“Por estas razones y estas consideraciones, el que suscribe abriga la esperanza de que hay causa plena y suficiente para conceder la provincia de Coahuila y Texas a la sociedad, cuya constitución y naturaleza va a explicar...”

Santa Anna, sin abandonar aquellas escenas mentales, rengueando entró en la casa de la hacienda. Anochecía. El aire suave y perfumado del ambiente le hacía sentirse mejor. A través de la ventana la silueta de las palmeras y los plataneros hacían efectos de sombras siniestras.



*En New Lanark ...los hombres no son pendencieros
ni las mujeres discutidoras...*

Intentó leer pero la débil luz mortecina de la vela y su vista fatigada se lo impedían. Nuevamente la cara del cochero americano y la del filántropo inglés se confundían por momentos.

Antes de cerrar los ojos para dormir, volvió a pensar en Owen; él mismo se extrañaba de la negativa que le había dado a sus proyectos.

Era -pensó para sus adentros- una muy curiosa visita. Acto seguido, el dictador dormía profundamente... aunque sería despertado, frecuentemente, por terribles pesadillas.

§ § §

Pasan los años, otra vez México, otra vez la calle de Vergara. Su salud parecía perfecta excepto carecer de la vista y estar sordo. Un médico amigo le sugirió extirparle las cataratas a lo que Santa Anna contestó dramáticamente: "... se lo agradezco mucho; prefiero seguir en este estado para no ver tantos ingratos y seguir sordo para no escuchar tantas lisonjas de las que estoy fastidiado. . ,"

La noche del 20 de junio de 1876 suplicó a su esposa le dejase dormir todo lo que quisiera esperando pasar una noche feliz...

Se le enterró con levita negra y todas sus condecoraciones. Muy pocos lo acompañaron a su tumba. No hubo oración fúnebre.

§ § §

En la parroquia de Xalapa, el 22 de febrero de 1794 años Don Blas Nicolás Cortéz, con mi licencia, bautizó solemnemente a Antonio de Padua, María Severino, de un día nacido, hijo legítimo del Licenciado Don Antonio López de Santa Anna y de Doña Manuela Lebrón; fue su madrina Doña Margarita Antonia Cortés, a quien le advertí su obligación y parentesco espiritual. Abuelos paternos Don Antonio López de Santa Anna y Doña Rosa Pérez de Acal; y maternos; Don Antonio Pérez Lebrón y Doña Isabel Cortés y para que conste lo firmó. Blas Nicolás Cortés. Sagrario Metropolitano de Jalapa, Ver.